

ERIC LECERF

Filósofo

Collège International de Philosophie, París

MEZQUITA DE LA LOCURA O CIUDAD DEL SOL*

"Esta vida dolorosa, peor que mil muertes, está desde hace tiempo olvidada, me encuentro en numerosas generaciones perdidas, y como un hombre abandonado, libre en medio de los muertos que están verdaderamente muertos, mientras que yo, aunque lleno de miserias, ¡estoy todavía vivo!"¹



Si esta designación carcelaria estaba hasta ahora reservada al trabajo de la fábrica, se inscribe también como figura demostrativa del desempleo. En efecto, este vacío de trabajo, que por un acuerdo convenido del lenguaje social,

llamamos desempleo, se identifica tanto mejor con una reclusión, cuanto que ésta se expresa esencialmente por la ausencia.

– Ausencia de la opresión concreta, de esta expoliación del tiempo, que es el trabajo de la fábrica.

– Ausencia física de esos instrumentos modernos de tortura que son los muros de la fábrica.

El encierro está aquí reforzado por la presencia de un imaginario nostálgico. Al no conocer ya, como única percepción de la fábrica más que esa mirada puesta sobre el muro exterior, aquél que ha sido excluido de esta prisión no logra determinarse una identidad sino por la evocación de ese tiempo pasado en el cual le era todavía posible encontrar un comprador para su tiempo. Estos tabiques abstractos son mucho más sólidos que aquellos de los cuales no son sino su reproducción. La moral ha reemplazado la sujeción salarial y la posibilidad de marcar tarjeta se asimila, a partir de este momento, a la llamada: "dignidad del trabajo".

Excluido de las reglas usuales de la opresión, el desempleado se daría el lujo de un amor culpable. Al destruir el tabú referencial, abrazaría esa madre prohibida que es la servidumbre. ¡Placer contra-natura de una Humanidad que sólo llega a reconocerse por el justo peso de sus cadenas!

* Mosquée de la Folie ou Cité du Soleil. Artículo tomado de la revista *Milieux* No. 25, 1986. La traducción del texto fue realizada especialmente para la Revista Colombiana de Psicología por el prof. Luis Bernardo López C. Universidad Nacional de Colombia.

1. Obras escogidas de Tomaso de Campanella publicadas en 1844, p. 114.

2. Campanella escribe sus *canzones* a comienzos del siglo XVII, siendo prisionero de la corona española; sólo será puesto en libertad en 1626.

ESTA PARADOJA QUE ASOCIA OPRESION Y PRIVILEGIO

Una nueva razón se descubre para la fábrica, lugar consagrado del robo y la explotación: el sueño. Después de haber sido la referencia obligatoria de toda utopía, debido al desempleo, suscita el deseo. Donde la transformación de la fábrica es más completa, es en lo que concierne a la representación que su siervo tiene de ella y del lugar que ocupa allí. Una sola lectura de las necesidades no es suficiente; estar aquí, no es solamente no estar en otra parte, es también no ver a otro, aquí en su lugar. “El trabajo” –escribe ya Simone Weil en 1934– “no se cumple ya con la conciencia orgullosa de que uno es útil, sino con el sentimiento humillante y angustiante de poseer un privilegio del cual están excluidos muchos seres humanos por el hecho mismo de que se goza de ello, en una palabra de un puesto”³.

Privilegio equívoco que, como lo indica Jacques Rancière, “transforma el puesto maldito en puesto para defender”⁴.

La utopía en la fábrica no es concebible; la idea misma de una transformación hace sonreír. La única salida consiste en la aceptación de un real demasiado frágil para poder ser modificado. La fábrica no será jamás una “ciudad del sol” sino, por el contrario, se transformará en una “mezquita de la locura”.

*Por favor, señor, ¡piedad!, ¡piedad! porque me extravió; ten piedad de mí antes que el templo de la inteligencia se convierta en mezquita de la locura*⁵. Nuestra representación de la fábrica se modifica de acuerdo con el razonamiento de Campanella. Si él temía que ese “templo de la inteligencia”, del cual haría más tarde su construcción utópica, “la ciudad del sol”, se transformase en una “mezquita de la locura”, a su imagen, nosotros podríamos temer no ser ya sino espectadores de una transmutación tal. Nuestra moderna “mezquita de la locura”, será tanto esta paradoja que asocia opresión y privilegio, como esa necesidad que lleva a aquél que detenta el puesto a legitimar su presencia, por la ausencia de ese otro que espera detrás de la puerta. En el desempleado en potencia que es el trabajador, la imagen de ese otro es ambigua porque le concierne también a él, por aquella funesta eventualidad del devenir. No se puede remitir solamente a la definición marxista del subproletariado según la cual “las condiciones de vida lo dispondrán más bien a venderse y a entregarse a los ardides reaccionarios”⁶.

En el seno de la fábrica, una representación del desempleado corresponde a estas dos necesidades contradictorias:

- De una parte, una lectura esencialmente negativa del sin-trabajo y de su razón, que permita legitimar de la mejor manera su propio estar-ahí.
- De otra parte, el desempleado debe, no obstante, corresponder todavía a la vocación histórica de la clase social de la cual él proviene.

El proletariado sólo llegará a asumir su función de clase social en el devenir revolucionario si logra influir eficazmente sobre esta no-clase de desempleados.

Es esencial entonces que aquél a quien se le ha compensado su derecho a estar en la fábrica, por una indemnización, se reconozca una nueva conciencia que se defina exclusivamente por una reconstrucción artificial del lugar de la opresión.

La “mezquita de la locura”, nueva figura de la fábrica, se enuncia como la única referencia posible del desempleo. Es necesario llegar allí para perdurar en el seno de la opresión y de las reacciones sociales que ésta suscita. La fábrica, abstracta o real, tiene por vocación, llenar la vacuidad. Por este uso de una referencia necesaria, por sí misma tiende a ocupar el fundamento del discurso social. No es más el objeto, por transformar o por destruir sino al contrario, se identifica con la historia misma. Pensar el desempleo se concebirá desde ese

3. *Opresión y libertad*, p. 57.

4. Artículo aparecido bajo el título *La Representación del obrero*, p. 98.

5. *Ibid.* 1 p. 117.

6. Extracto del *Manifiesto*.



Prisión imaginaria. Grabado de G. Piranèse, 1745. Paris, B. N.

momento por una lectura de ese único paisaje carcelario. El colectivo obrero tendrá entonces por tarea, inventarse un cuadro racional que permita recrear las reglas sociales del trabajo en la fábrica.

El Estado hace suya también esta necesidad. Ya sea por la evocación de un regreso del proletariado hacia los campos, o aun por el desarrollo de trabajos desprovistos de utilidad, muestra que el tiempo del desempleado es una de sus preocupaciones fundamentales.

LA FABRICA-SIMULACRO

Por esta introducción de un simulacro, se busca también restituir lo que podríamos definir como los usos de un trabajo real. La distinción entre estas dos aproximaciones consiste en una oposición entre dos lecturas diferentes de estos usos. Para el Estado, se trata sobre todo de restituir esta "dignidad del trabajo" y esto, fundamentalmente, por una re-introducción de una jerarquía de los valores. El proletario no es más que un campesino que ha creído ennoblecerse por el contacto con la ciudad, entonces es necesario, cuando se encuentra confrontado a ese vacío que es el desempleo, hacerlo integrar a su verdadera naturaleza: ¡la tierra!⁷ El desempleado, perdido en su tiempo libre, corre el riesgo de no reconocerse un lugar en la sociedad; entonces, es necesario que sus horas sean empleadas bajo el mismo régimen de presiones que cuando estaba todavía en el puesto. Si la tarea propuesta no corresponde a ninguna utilidad económica o social, esto no es grave; lo esencial es que aquél que aquí ha perdido su tiempo se haya mantenido en la norma.

El colectivo obrero también recurrirá al simulacro. Solamente, en este caso, las reglas por reproducir no serán las mismas. Si aquí también el parecer se vuelve más determinante que el ser, el ejemplo original a imitar es diferente. El

7. "Es esta población arrancada a la tierra por el señuelo de salarios más altos y por un cierto honor desgraciado, honor mal entendido, funesto honor para supuestamente ennoblecerse, pero en realidad pervertirse, y a menudo empobrecerse y envilecerse en los grandes centros". Discurso pronunciado por Larmartine el 13 de septiembre de 1848 en la tribuna de la asamblea nacional.

“buen obrero” no es aquél que respeta el orden, sino más bien aquel que lo combate. A propósito de este simulacro institucional, se trataba de recrear la imagen de un trabajo ordenado; en lo que concierne a este simulacro obrero, será necesario del otro lado reconstruir una lucha ordenada cuyo centro será la fábrica. El asunto es entonces determinar cómo mantener en la fábrica a aquél cuyo trabajo ya no se acepta. Podemos constatar que esta necesidad para el movimiento obrero, de mantenerse en la fábrica, ha generado muchas respuestas.

A finales del siglo XIX, la Federación de Bolsas del Trabajo pondrá en funcionamiento una institución que tendrá por vocación preservar a sus miembros contra una eventual mala conducta, debido al desempleo y a la ausencia de la fábrica: el viático⁸.

El viático o *viaticum* es un auxilio de viaje otorgado a los miembros de la Federación con el objeto de facilitar la búsqueda de trabajo de ciudad en ciudad. Es importante notar que será excluido de este derecho un miembro que acepte trabajar a una tarifa inferior a aquella fijada por el sindicato o que proponga sus servicios a un establecimiento prohibido⁹.

Esta institución corresponde a la necesidad, ya definida por Marx, en la vigilia de los acontecimientos de 1848¹⁰: “Sobre 1000 obreros de la misma especialidad, no son los 950 ocupados los que determinan el salario, sino los 50 desocupados”. Pero, sobre todo, esta institución permite incluir todavía al desempleado en ese mundo al cual ya no pertenece, de la reivindicación salarial. La fábrica esta aquí restituida por una re-introducción artificial de esta lucha. Si por razones económicas evidentes es indispensable que el sin-trabajo continúe preocupándose por el problema de la suma adquirida por la venta de sí-mismo, no es solamente esta función material la que determina el uso del simulacro social. De hecho, es principalmente la continuidad de la opresión, fundada sobre el robo de la plusvalía, lo que autorizará al desempleado a seguir siendo proletario. Ciertamente, para la federación de bolsas del trabajo, este viático consiste esencialmente en una neutralización de este marginal, que de fábrica en fábrica, sólo arrastra su miseria. El *viaticum* tiene por función evitar que esta armada de desempleados se convierta en batallones de esquirols. Pero, sin embargo, corresponde también a una vocación pedagógica de la organización. La lucha por los salarios se considera como la esencia misma del progreso social, de la civilización por venir y, es necesario, que todos, aún aquél que de hecho no tiene ya derecho a participar en este intercambio, lo aprenda.

Barthoux, obrero-aserrador lionés, en 1885, en un texto titulado *Tratado del desempleo*¹¹, hace de esta oposición el fundamento sobre el cual se debe establecer cualquier movimiento de los sin-trabajo. Sólo el aumento de salarios —explica— es un remedio eficaz para luchar contra el desempleo. “El trabajo es una pena”, escribe; “entre mejor sean pagados los obreros, menos deseos tienen de venderse”.

Si el trabajador en el puesto debe enseñar o más bien re-enseñar al desempleado lo que es la lucha en la fábrica, éste de su lado tiene también un mensaje para transmitir: ¡el hastío de la fábrica!

LA FABRICA EN LA CABEZA: REALIZACIÓN DE SI, DESTRUCCION DE SI

Esta reciprocidad de servicios entre el trabajador y su sombra, la encontramos presente en este período en Alfred Marpoux¹² y también en Edouard Vaillant¹³ quienes atribuyen a esta armada de desempleados una nueva función: la puesta en marcha del proceso revolucionario. Si bien es aquel que está en la

8. Artículo de Olivier Donnat en el No. 22 de la revista *Milieu*, “Le Mouvement ouvrier face aux sans travail et aux trimardeurs”.

9. *Status du Viaticum*, artículo 9.
10. *Trabajo asalariado y capital*, Ed. de Pekin. p. 63.

11. En su tratado, Barthoux señala seis remedios:

- a) “El remedio idiota”: la destrucción de las mercancías
- b) “El remedio de las almas caritativas”: desarrollo de consumos inútiles
- c) “El remedio Bismark”: la guerra
- d) “El remedio capitalista”: política de grandes obras
- e) “El remedio económico directo”: bajar el precio de venta de las mercancías
- f) “El remedio económico indirecto”: aumento de salarios.

12. En *Evolución natural y evolución social*, Marpoux presenta dos salidas posibles para el movimiento obrero:

- a) Los positivistas logran hacerse a adeptos en la burguesía: posibilidad de una vía pacífica hacia el progreso.
- b) Si esto no es posible, la organización de los desempleados conducirá a la revolución.

13. En la asamblea nacional, Vaillant explicará que todas las grandes revoluciones (89-48-71) son efecto del desempleo. A este efecto, propondrá a sus colegas establecer una estadística de desempleo con el objeto de evaluar la proximidad de una nueva revolución.

fábrica quien asumirá él solo la transformación radical de lo político, este otro aportará, por su parte, el instante de la sin razón, sin el cual ningún movimiento es tenido en cuenta. La “mezquita de la locura” es de nuevo, aquí, una de las vías que conducen a la “ciudad del sol”. En esta reconstrucción artificial de la fábrica fuera de sus muros no sólo se reconoce una vocación íntima; permite también al colectivo pensar para sí una identidad social. El proletario es un ser doble. Sin empleo su función es destruir; y cuando trabaja reconstruye un mundo nuevo.

Nuestra modernidad tendrá por objetivo des-socializar esta relación, hacerla más íntima. Hoy sólo se concretiza por una relación consigo mismo: no es la sociedad la que destruye al desempleado sino él mismo; el trabajador no construye ya un nuevo mundo sino que tiende a afirmar únicamente, una simple arquitectura íntima. La “mezquita de la locura” toma la forma de una enfermedad de lo mental, objeto privilegiado del sociólogo, y la “ciudad del sol” ya sólo consiste en una realización del sí mismo.

Esta función social recíproca, la encontraremos sin resolver y problemática después de la crisis del 29. La CGTU, el único sindicato francés de este período que intentó organizar a los sin-trabajo, no logrará establecer esta relación.

De una parte, la CGTU deplora que los comités de desempleados no hayan escogido la fábrica como terreno privilegiado de lucha. En efecto, la confederación les exige probar, a través del regreso al lugar de la opresión, que son todavía proletarios, que sí corresponden a esa única figura del revolucionario¹⁴. De otra parte, no logra hacer que la fábrica y sus trabajadores tomen realmente en cuenta este movimiento del exterior¹⁵. Sólo la reivindicación política parece llegar a unificar esas dos palabras diferentes. Temas tales como la defensa de Dimitroff en 1933 o la lucha contra el “social-fascismo” servirán de unidad al movimiento –lo político, léase aquí no como una desviación de lo social, sino más bien como la expresión de este monismo social imposible–, puesto que algunos detentan el privilegio de la opresión, y otros están excluidos. Estos “grupos industriales”, preconizados por la CGTU desde 1931, que reúnen desempleados y trabajadores en puesto por profesión, serán un fracaso y la confederación revolucionaria no logrará organizar a los desempleados sino por el reconocimiento de estructuras autónomas en su seno.

En el mismo período, la JOC organiza para los jóvenes desempleados visitas guiadas en las fábricas, acción que será retomada y desarrollada por la joven guardia socialista en Bélgica. En lo que concierne al joven que no tiene trabajo, esta cuestión de la referencia a la fábrica es todavía más problemática. Privado de la experiencia necesaria para reconstruir por sí mismo la experiencia del confinamiento, se considera, pues, esencial que el colectivo tome a su cargo el imaginario laboral, que ayude a su constitución poniendo a funcionar instituciones que reproduzcan, de la mejor manera, el trabajo en la fábrica. Así como nos lo muestran los debates de la Oficina Internacional del Trabajo, que en 1935 consagra su décima novena sesión al estudio de esta necesidad colectiva, este simulacro social sólo será eficiente si integra, lo mejor posible, los usos locales de la venta de sí mismo¹⁶.

La fábrica, referencia necesaria del desempleo, debe ser considerada como la respuesta política de este proletario que rehúsa ser asimilado a un campesino en la ciudad. Legítima su introducción en este nuevo mundo. De hecho es la expresión de su real ciudadanía.

14. *El grito de los desempleados*, No. de mayo de 1931.

15. Circular interna de la organización fechada el 30 de octubre de 1933 que precisa las finalidades de la marcha de los desempleados en París: “La marcha debe servir para proponer a todos nuestros sindicatos la cuestión muy descuidada del desempleo, y de la organización de los desempleados”.

16. Cada país propondrá una organización correspondiente a su propia representación del trabajo asalariado:

– Respuestas militaristas en Bulgaria, en Alemania y en Polonia...

– El sistema educativo es el encargado de esta organización en Gran Bretaña. En Bélgica, son los mismos sindicatos los que administran esta institución. En Francia, el Estado es el único responsable de su ejecución.

“LA FABRICA OBLIGA A AQUEL QUE HA EXCLUIDO A EXTRAÑAR SU ANTIGUA SERVIDUMBRE”

Para esas clases peligrosas, que Thiers en la tribuna de la asamblea llamara “el trigésimo sexto del pueblo”¹⁷, la ciudadanía no puede entenderse como una adquisición natural. Tal como lo indica Jacques Rancière, permanece como una “posibilidad por conquistar”¹⁸.

La fábrica es exactamente el lugar escogido para esta conquista política; y el desempleo su cuestionamiento.

Es, en efecto, ya el objeto de un problema lionés propuesto a la revolución francesa. Si en 1788, los notables lioneses solicitan auxilios al rey y esto a fin de evitar que los sin-trabajo no vuelvan a ser “esclavos de la naturaleza”, los términos de esta eventual regresión no son ya los mismos, cuatro años después. Laussel, que es el principal representante de la Montagne en esta ciudad, ve en este desempleo un complot contra la revolución cuyo objeto es el de hacer rechazar esta ciudadanía por la clase de aquellos que sólo poseen sus brazos.

El diputado del Ain, Merlino, que es encargado por la asamblea para redactar un informe sobre los auxilios que deben acordarse a los obreros lioneses, retoma esta tesis del complot. Explica en sus conclusiones que si estos trabajadores son “los más valerosos y verdaderos amigos de la libertad”, se arriesgan, por este desempleo, a oponerse a eso que siempre han defendido y de lo cual son sus principales beneficiarios: la ciudadanía.

El tonelero Jovin va todavía más lejos cuando escribe que esos desempleados que define como aquellos que “no tienen de ninguna manera orador para expresar sus quejas y necesidades”, corren el riesgo de extrañar su antigua prisión¹⁹.

Hoy las costumbres están simplemente invertidas. Si entonces se temía que el desempleado volviera a extrañar su antigua servidumbre, hoy se le pedirá que afirme esta nostalgia hacia aquella que lo ha excluido.

Siguiendo una lógica idéntica a aquella de la cual se sirve Víctor Considérant, cuando explica que la única arma para luchar contra el retorno al estado salvaje es la introducción de un derecho de compensación del derecho del salvaje en la sociedad²⁰, aquí el encierro reconoce como función principal, luchar contra el gusto por la prisión. La encarcelación social en la fábrica es juzgada como esa respuesta a la encarcelación política que es la no-ciudadanía. A la manera de los mineros de Spring-Valley que a finales del siglo pasado solicitaron restituir el estatuto del esclavo con el objeto de no volver a conocer el desempleo, el trabajador privado de empleo se encontrará siempre frente a tal elección. O renuncia a sus derechos políticos, o acepta esta reclusión cotidiana ante la máquina, entendiéndose esta segunda vía también como una reconstrucción artificial e íntima de la fábrica cuando ésta no es accesible.

Paradoja del mundo cerrado que se representa el confinamiento como una claridad, y que transforma en tinieblas el tiempo perdido para sí mismo: la fábrica se identifica con la expresión de una “ciudad del sol”. Figura contra-natura de la libertad nueva, confiere a esta opresión que le es necesaria, un valor positivo. Ningún cambio sería considerado fuera de sus muros si no es una funesta regresión individual o colectiva. El porvenir radiante de la civilización encuentra sus fundamentos en este encierro y la utopía retomará entonces sus formas. Sin embargo, tal como lo hemos visto, por el desempleo, una “ciudad del sol” cualquiera se vuelve impensable en ese marco, ya que la acción colectiva se inscribe únicamente en la defensa del “puesto maldito”. En efecto, podremos decir que la “ciudad del sol” se transformó realmente en una “mezquita de la locura”.

17. En la tribuna de la asamblea, en el debate citado en la nota 7, consagrado a la inclusión del derecho al trabajo en el preámbulo de la constitución, Thiers criticará a los socialistas que no defienden sino el “trigésimo sexto del pueblo” y que por este derecho al trabajo, ambicionan conferir a esta clase un privilegio que la conduzca al ejercicio dictatorial del poder.

18. *Ibid.*, 4, p. 91.

19. *Le Grand moyen de guérir tous les maux de la France*, p. 91.

20. Tema ampliamente retomado en 1848 por diputados como Mathieu de la Drô Ledru-Rollin. Considérant, en 1839 en *De la Propiedad*, explica que el derecho al trabajo es un derecho de compensación a los derechos del salvaje, aniquilados por la introducción de la propiedad.

“Mezquita de la locura” porque ella obliga a aquél que excluye, a extrañar su antigua servidumbre.

“Mezquita de la locura” porque arrastra a aquél que sobrevive bajo su dominación a defender los métodos de su propia destrucción.

“Mezquita de la locura”, en fin, porque se introduce en el pensamiento mismo de un devenir que no se entendería sino por la opresión.

Entonces, posiblemente, sería necesario pensar de nuevo una “ciudad del sol” que no se reconozca por la sola razón del encierro, una afirmación de la ciudadanía que no sea entendida por la venta de sí mismo; hacer de la fábrica la referencia ilegítima del desempleo √

